



**Joseph Conrad**

## **Los idiotas**

Corríamos a lo largo del camino que va de Treguier a Kervande. Pasamos a trote ligero entre las enredaderas que cubren las tapias que flanquean la carretera; luego, al pie de la pronunciada pendiente que se encuentra antes de Floumar, el caballo aminoró la carrera y el conductor saltó pesadamente del asiento. Hizo chasquear el látigo y trepó la pendiente, marchando torpemente, colina arriba, al lado del vehículo, con una mano en el estribo y los ojos en el suelo. A poco levantando la cabeza, señaló a lo alto del camino con el extremo de su látigo y exclamó:

–¡El idiota!

Sobre la superficie ondulante de la tierra el sol brillaba con violencia. Las prominencias del terreno se veían coronadas de árboles delgados, con las ramas levantadas hacia el cielo, como prendidas sobre zancos. Los breves campos, cortados por matorrales y muros zigzagueantes sobre las lomas, se extendían en manchas rectangulares de vividos verdes y amarillos, semejantes a los torpes brochazos de una ingenua pintura. Dividía en dos al paisaje el cordón–blanco de un camino, que se extendía en grandes vueltas a lo lejos, como un río de polvo surgiendo a rastras entre las colinas, en su camino al mar. –Aquí está –anunció el cochero nuevamente. En el largo césped que bordeaba el camino al paso

del carruaje brilló un rostro al nivel de las ruedas. Era rojo el rostro imbécil; la cabeza en forma de bala, de cabellos cortados al rape, parecía hallarse sola, con el mentón metido en el polvo. El cuerpo se perdía entre las matas, que crecían espesas a lo largo de la profunda zanja.

Era un rostro de muchacho. A juzgar por su estatura podría haber tenido dieciséis años, quizá menos, quizá más. A tales criaturas las olvida el tiempo y viven respetadas de los años hasta que la muerte las recoge en su seno piadoso; la muerte fiel, que jamás, en la urgencia de su obra, olvida al más insignificante de sus hijos.

–¡Ah! ¡Allí está otro! –exclamó el hombre, con cierta satisfacción en la voz, como si hubiera visto algo esperado. Allí estaba otro. Aquél se hallaba a la mitad del camino, bajo el rayo del sol y al extremo de su propia y achatada sombra, con las manos metidas en las mangas opuestas de su larga chaqueta, la cabeza hundida entre los hombros, encorvado bajo la inundación de fuego. De lejos tenía el aspecto de alguien que sufriera un frío intenso.

–Estos son gemelos –expuso el cochero. El idiota se arrastró dos pasos apartándose de nuestro camino y nos miró desdeñosamente después que pasamos rozándolo. La mirada era ciega y fija, una mirada fascinada, pero no se volvió a observarnos. Probablemente la visión pasó ante sus ojos sin dejar traza alguna en su deformemente de criatura imbécil. Cuando alcanzamos la cima de la pendiente, eché una mirada sobre el idiota. Se encontraba en el camino, precisamente donde lo habíamos dejado.

El cochero trepó a su asiento, chasqueó la lengua, y bajamos la colina. A intervalos el freno rechinaba horriblemente. Al pie de la colina disminuyó la velocidad del ruidoso mecanismo, y el conductor nos dijo, volviéndose a medias en su asiento:

–Más adelante veremos otros de ellos.

–¿Más idiotas? Pero, ¿cuántos hay? –pregunté.

–Son cuatro, hijos de un granjero de Ploumar... Los padres no viven ya –agregó, después de una pausa–. La abuela ocupa la granja. Durante el día los muchachos corretean por este camino, y regresan al crepúsculo con el ganado... La granja es de las buenas. Como nos lo anunció el conductor, vimos a los otros dos: un muchacho y una chiquilla. Vestían exactamente igual, con ropas informes y zagalejo. El ser imperfecto que vivía en ellos los hizo graznarnos desde la cima del

banco, donde estaban tendidos entre los recios tallos de los tojos. Sus cabezas, peladas al rape, surgían del brillante muro amarillo de innumerables botoncitos. Tenían la cara roja por el esfuerzo de gritar; las voces sonaron huecas y cacarearon como mecánica imitación de la voz de los ancianos, cesando repentinamente al doblar nosotros un recodo.

Los vi muchas veces, en mis correrías por el país. Vivían en aquel camino, dejándose caer aquí y allá, obedeciendo al impulso inexplicable de su monstruosa oscuridad. Constituían una ofensa al sol, un reproche al cielo vacío, una mancha sobre el vigor concentrado y firme del paisaje. A su tiempo, la historia de sus padres fue tomando forma ante mí, surgiendo de las negligentes respuestas, de las palabras indiferentes oídas en hosterías a la vera del camino o en el camino mismo frecuentado por aquellos idiotas. Parte de ella me la refirió un viejo extenuado y escéptico, poseedor de un tremendo látigo, mientras trotábamos por el polvo, al lado de un carricoche de dos ruedas cargado de algas. Más tarde, y en diferentes ocasiones, otras personas completaron y confirmaron la historia, hasta que se impuso ante mí un relato formidable y simple, como lo son siempre estas revelaciones de oscuras tragedias soportadas por corazones ignorantes.

Al regresar de su servicio militar, Jean Pierre Bacadou encontró a sus padres muy entrados en años. Observó con pena que los trabajos de la granja no iban satisfactoriamente. Faltaba al padre la energía de otros días, y los peones aprovechaban la ausencia del ojo del amo. Con igual dolor Jean Pierre notó que el montón de estiércol que había en el patio, ante la única entrada a la casa, no era tan grande como debiera serlo. No se habían reparado las empalizadas y el ganado sufría por falta de cuidados. En la casa misma la madre se encontraba postrada en cama, y en la amplia cocina las criadas charloteaban ruidosamente, a su capricho, desde la mañana hasta la noche. Jean-Pierre se dijo: "Es necesario cambiar todo esto". Una tarde habló con su padre del asunto, cuando los rayos del sol poniente, atravesando el patio, distaban de cintas luminosas las espesas sombras. Sobre el montón de estiércol flotaba un humillo oloroso y opalino, y las merodeadoras gallinas interrumpían su andar, de cuando en cuando, para examinar, con una mirada repentina de sus ojillos redondos, a los dos hombres, altos y delgados, que hablaban en tono ronco. El viejo, iodo encogido

por el reumatismo y abrumado por años de labor, y el joven, huesudo y recto, hablaban sin ademanes, con la indiferente manera de los campesinos, graves y lentos. Pero antes de que el sol se hubiera puesto el padre se había rendido a los razonables argumentos de su hijo.

–No es por mí por quien hablo –insistió Jean Pierre– es por la tierra. Es una lástima verla tan mal empleada. No, no es por mí por quien desespero. El viejo asintió sobre su bastón.

–Cierto, cierto –murmuró–. Tienes razón. Haz lo que quieras. Tu madre es quien se alegrará.

La madre se sintió complacida con su nuera. Impetuosamente Jean Pierre metió el cochecillo en el patio. El tordillo galopó briosamente, y la novia y el novio, sentado uno junto al otro, eran sacudidos hacia atrás y adelante, por la oscilación de los ejes, en una forma regular y brusca. Sobre el camino los lejanos invitados a la boda se desbandaban en parejas y grupos. Meciendo los brazos ociosos, avanzaban los hombres pesadamente. Vestían ropas ciudadanas: chaquetas cortadas con descuidada elegancia, recios sombreros negros, inmensas botas, extremadamente brillantes. A su lado iban sus mujeres, tocadas sencillamente, de negro, con blancos bonetes y chalas de tintas descoloridas plegados triangularmente a la espalda. Al frente el violín entonaba un son estridente, y la flauta voceaba y canturreaba, mientras el músico hacía cabriolas con gran solemnidad, levantando en alto los pesados chanclos. La sombría procesión surgía y desaparecía en los estrechos senderos en el sol y en la sombra, entre campos y setos, asustando a los pajarillos que escapaban en bandadas a derecha e izquierda. En el patio de la granja de Bacadou el negro cordón recogióse en un grupo de hombres y mujeres que se empujaban a la puerta con gritos y saludos. Por muchos meses se guardó memoria de la cena de boda. Fue una fiesta espléndida, celebrada en el huerto. Granjeros de considerables fortunas y magnífica reputación se tendieron a dormir en los surcos, a todo lo largo del camino a Treguier, hasta ya entrada la tarde del siguiente día. Toda la comarca participó de la felicidad de Jean Fierre. Se conservó él sobrio y, con su apacible esposa, se abstuvo de mezclarse a los demás, dejando a su padre y a su madre cosechar las gracias y los honores que les eran debidos. Mas al día siguiente tomó posesión de la granja con firmeza, y los

ancianos sintieron caer sobre sí, finalmente, una sombra precursora de la tumba. El mundo es de los jóvenes.

Cuando nacieron los gemelos sobraba sitio en la casa, pues la madre de Jean Pierre había ido a morar bajo una pesada lápida en el cementerio de Poumar. Aquel día, por primera vez desde el matrimonio de su hijo, el viejo Bacadou, olvidado por el grupo cacareante de extrañas mujeres que llenaba la cocina, abandonó de mañana su sillón al lado de la chimenea y se dirigió al establo, sacudiendo, acongojado, sus blancos cabellos.

Muy bien que su hijo le diera nietos, pero ante todo quería su sopa al mediodía. Cuando le mostraron los niños, los miró fijamente y murmuró algo como: "Es demasiado". Es imposible explicar si quería decir demasiada dicha, o comentaba así, simplemente, el número de sus descendientes. Puso un gesto ofendido, tanto como podía expresarlo su viejo rostro impasible, y por mucho tiempo después podía habersele visto, casi a cualquier hora del día, sentado a la puerta, la nariz sobre las rodillas, una pipa entre las encías, recogido en una especie de colérica y concentrada murria. Alguna vez habló a su hijo, refiriéndose a los recién llegados con un gruñido:

—Se van a disputar la tierra.

—Por eso no te inquietes, padre —replicó Jean Pierre estólidamente, y pasó, inclinado, tirando de una vaca recalcitrante.

Era dichoso, y no lo era menos Suzanne, su mujer. No era aquella una alegría etérea, acogiendo nuevas almas a la lucha, quizás a la victoria. En unos catorce años ambos chicos serían una ayuda y, pasado un tiempo, Jean Pierre imaginaba a sus dos hijos, ya grandes, cruzando por la hacienda, de prado en prado, reclamando tributo a la tierra, amada y fructífera. Suzanne era también feliz, porque no le gustaba que se refiriesen a ella como a la "desdichada mujer", y ahora que era madre de dos niños no podrían ya llamarla así. Tanto ella como su esposo habían visto algo del mundo: él durante sus años de servicio, ella cuando pasó un año, o casi así, en París, en compañía de una familia bretona; pero ambos se sintieron demasiado nostálgicos para permanecer por mucho tiempo lejos de la verde y montañosa comarca asentada en un apartado círculo de rocas y arenas, en donde ella naciera. Suzanne calculaba que uno de los muchachos habría de ser sacerdote, pero de esto no dijo nada al marido, de ideas republicanas y que odiaba a esas

"cornejas", como llamaba a los ministros de la religión. El bautizo resultó una ceremonia espléndida. Todo el vecindario asistió a él, pues los Bacadou eran ricos e influyentes, y en ciertas ocasiones no paraban mientes en los gastos. El abuelo lució un traje nuevo. Varios meses más tarde, una noche, ya lavada la cocina y cerrada la puerta, Jean Pierre preguntó a su mujer, lanzando a la cuna una mirada: "¿Qué es lo que tienen los muchachos?" Y, como si tales palabras, pronunciadas con calma, fueran augurio de infortunos, la mujer replicó con un gran gemido que debió oírse a través del patio hasta la pocilga, porque los puercos (los Bacadou eran dueños de los mejores cerdos del país) se estremecieron y gruñeron quejumbrosos en la noche. El marido prosiguió comiendo lentamente su pan con manteca, mirando a la pared, mientras el plato de sopa humeaba bajo su mentón. Había vuelto tarde del mercado, en donde había oído, y no por la primera vez, que se murmuraba a su espalda. Al regresar a casa, había venido dando vueltas a aquellas palabras en su mente: "¡Unos simples! ¡Ambos!... ¡Que nunca servirían para nada!..." ¡Vaya! Quizá, quizá. Habría que ver. Le preguntaría a su mujer. Y ésta era su respuesta. Sintió como un golpe en el pecho, pero se limitó a decir:

—¡Tráeme algo de sidra; tengo sed! Suzanne salió, lamentándose, con un cántaro vacío en la mano. Entonces su marido se levantó, tomó la luz, y aproximóse despacio a la cuna. Los gemelos dormían. Los miró de reojo, concluyendo de mascar allí su bocado; regresó con pesadez y se sentó nuevamente ante su plato. Cuando la esposa volvió, Jean Pierre no levantó siquiera la cabeza, sino que se llevó a la boca dos grandes cucharadas, ruidosamente, observando con aire sordo: — Cuando duermen, son como los hijos de los demás. La mujer se sentó bruscamente en un banquillo próximo y se estremeció en una silenciosa tempestad de sollozos, incapaz de hablar. Jean Pierre concluyó su cena y permaneció echado hacia atrás, perezosamente, en el asiento, los ojos perdidos en las negras vigas del techo. Ante él la vela de sebo llameaba erecta y roja, despidiendo un frágil hilo de humo. La luz descansaba sobre la piel tostada y gruesa de su cuello; las mejillas hundidas parecían dos manchas de oscuridad, y todo su aspecto era lúgubrememente estólido, como si rumiara con dificultad interminables ideas. De pronto, deliberadamente, exclamó: —Tenemos que ver a alguien... consultar.

No llores... No todos serán así... ¡Seguro que no! Por ahora, hay que irse a la cama. Después de nacido el tercer niño Jean Pierre prosiguió en su trabajo, animado por una tensa esperanza. Sus labios parecían más estrechos, más firmemente apretados que nunca, como temeroso de que la tierra que labraba alcanzase a percibir la voz de la esperanza alentada en su corazón. Observaba al pequeño, aproximándose a la cuna con un pesado resonar de zuecos sobre el piso de piedra, y asomaba sobre ella la mirada, a lo largo del hombro, con esa indiferencia que es como una deformidad en la humanidad campesina. Como la tierra que sirven y esclavizan, estas gentes, lentas en el mirar y en la palabra, no descubren el fuego interior, de tal manera que se termina por preguntar, como ocurre con la tierra, qué hay en el fondo; fuego, violencia, una fuerza misteriosa y terrible... o nada más que tierra, una masa fértil e inerte, fría e insensible, dispuesta a sostener a un puñado de plantas que mantengan la vida o proporcionen la muerte. La madre observaba con otra expresión, escuchaba con aire de distinta expectación. Bajo los altos anaqueles colgantes, que sostenían grandes lonjas de tocino, cuidaba del caldero que se medía sobre unos montantes de hierro o lavaba la larga mesa a la que habrían de sentarse ahora los peones de labor en reclamo de la cena. Su espíritu, sin embarco, se conservaba al lado de la cuna, vigilando noche y día, esperando y sufriendo. Aquel chiquillo, como los otros dos, jamás sonreía, jamás alargaba a ella sus manecitas, jamás hablaba, y sus grandes ojos negros nunca le mostraron una mirada de reconocimiento, capaces apenas de mirar fijamente cualquier destello, pero desoladoramente incapaces de seguir, con la vista, el brillo de un rayo de sol que se deslizara lentamente por el suelo. Mientras los hombres trabajaban, ella pasaba largos días entre sus tres hijos idiotas y el infantil abuelo, que permanecía en su sillón, ceñudo, angular e inmovible, con los pies cerca de las cenizas tibias del hogar. El endeble viejo parecía sospechar que algo indebido ocurría a sus nietos. Una sola vez, impulsado por su ternura o quizá por alguna noción de su derecho a ello, quiso cuidar del más pequeño. Lo levantó del suelo, y, mostrándole la lengua, ensayó un tembloroso galope con sus huesosas rodillas. Lo miró luego a la cara fijamente, con sus ojos vidriosos, y volvió a dejarlo en el suelo con gran suavidad. Y se estuvo sentado, las

zancas cruzadas, moviendo la cabeza ante el humo que escapaba del caldero hirviente, con una mirada senil y reflexiva.

Muda aflicción reinaba en la granja de Bacadou, compartiendo con sus habitantes el pan y el aire; y el sacerdote de la parroquia de Ploumar tuvo gran motivo de regocijo. Acudió a visitar al rico terrateniente marqués de Chavanes, con objeto de sacudirse de encima, con alegre unción, algunas solemnes vulgaridades sobre los inescrutables designios de la Providencia. En la vasta semioscuridad del salón, cubierto de cortinas, el hombrecito semejante a un negro faldero, se inclinaba hacia un sofá, el sombrero sobre las rodillas, gesticulando con la mano regordeta ante las líneas alargadas, derramadas graciosamente, de la clara bata parisiense que vestía el marqués, quien, medio divertido y medio aburrido, escuchaba con gentil languidez. Sentíase exultante y humilde, orgulloso y atemorizado. Había ocurrido lo imposible. Jean Pierre Bacadou, el rabioso granjero republicano, había acudido a misa el domingo último... ¡hasta habíase ofrecido a hospedar a los sacerdotes que llegarían a Ploumar durante las próximas fiestas! Aquél era un triunfo para la Iglesia y la buena causa. "Creí pertinente venir en seguida a comunicarlo al señor marqués. No ignoro lo atento que ha sido siempre al bien del país", declaró el cura, limpiándose el rostro. Se le invitó a cenar.

Los Chavanes, al regresar aquella noche de acompañar a su huésped hasta la verja principal del parque, discutieron el asunto mientras marchaban a la luz de la luna, siguiendo sus largas sombras por la recta avenida de castaños. El marqués, un realista, naturalmente, había sido alcalde del distrito que comprende a Ploumar, los escasos villorrios de la costa y los rocallosos islotes que adornan la amarilla superficie de las arenas. Había considerado insegura su posición, porque en aquella parte del país existían elementos republicanos bastante poderosos, pero la conversación de Jean Pierre lo tranquilizaba. Se sentía muy complacido.

—No tienes idea de la influencia que ejerce esta gente —explicó a su mujer—. Ahora estoy seguro de que las próximas elecciones en el distrito se resolverán satisfactoriamente. Seré reelecto.

—Tu ambición es insaciable, Charles — exclamó jovialmente la marquesa.

—Pero, *ma chère amie* —arguyó el marido seriamente—, es muy importante que este año se elija para alcalde a un hombre de valer,



pues hay que tener luego en cuenta las elecciones para la Cámara. Si imaginas que esto puede divertirme...

Jean Pierre se había rendido a la madre de su esposa, Madame Levaille era una mujer de negocios, tan conocida como respetada en un radio de no menos de quince millas. Firme y robusta, se la veía por la región, ya fuera a pie o en el cochecillo de algún conocido, eternamente en movimiento, a despecho de sus cincuenta y ocho años, en continua caza de negocios. Era dueña de muchas casas en todos los pueblos, mantenía canteras de granito, embarcaba piedra y aun comerciaba con las Islas del Canal. De amplias mejillas, de ojos grandes, persuasiva en el hablar, sostenía sus teorías con la plácida e invencible obstinación de una anciana que está segura de sus deseos. Rara vez dormía dos noches seguidas bajo el mismo techo, y en las hosterías era donde mejor podrían informar al que se interesaba por ella. Había pasado por allí, o estaba por pasar, a las seis; o alguno que entraba decía haberla visto aquella mañana, o esperaba encontrarla esa noche. Después de las posadas que dominan los caminos, las iglesias eran los sitios que más frecuentaba. Y más de uno, liberal en sus opiniones, tenía que pedir a cualquier chiquillo que entrase a uno u otro sacro edificio a ver si Madame Levaille se encontraba allí, para que la informara de que Fulano de Tal se hallaba afuera, esperando hablar con ella sobre la compra de unas patatas, o harina, o piedra, o casas. Y Madame Levaille abreviaba sus devociones, y salía al sol, parpadeando y persignándose, dispuesta a discutir de sus negocios, con calma y razón, sobre una mesa, en la cocina de la posada próxima. Últimamente había permanecido por unos días, varias veces, en casa de su yerno, procurando ahuyentar con sus palabras la tristeza y el dolor, hablando con faz compuesta y suave tono. Jean Pierre sentía deshacerse en su pecho las convicciones adquiridas en el regimiento, y no a fuerza de argumentos, sino de hechos demostrados. Paseando por sus campos, lo pensó detenidamente. Tres eran sus hijos. ¡Tres! ¡Todos semejantes! ¿Por qué? Cosa igual no ocurre a todo el mundo..., a nadie, que él supiera. Uno podía pasar, pero ¡tres! ¡Los tres! Inútiles para siempre, destinados a que se les diese de comer mientras viviesen, y luego... ¿qué sería de la tierra cuando él muriese? Había que cuidar de esto. Sacrificaría sus convicciones. Un día dijo a su mujer:  
-Veamos qué puede hacer tu Dios por nosotros.

Paga porque se celebren unas misas.  
Suzanne abrazó a su marido. El se mantuvo rígido, giró sobre sus talones y siguió. Pero luego, cuando una negra sotana oscureció el umbral de su puerta no hizo ninguna objeción y hasta llegó a ofrecer un vaso de sidra al sacerdote. Escuchó la conversación con gran mansedumbre; fue a misa entre las dos mujeres y por las Pascuas cumplió con lo que el cura llamaba "sus deberes religiosos". Aquella mañana se sintió como un hombre que hubiera vendido su alma. Por la tarde vino ferozmente a las manos con un vecino y viejo amigo suyo, que hizo la observación de que toda la ventaja la tenían los curas y habrían ahora de fastidiar a su propio enemigo. Regresó a casa con la cabellera en desorden y la nariz sangrante; al ver por un momento a sus hijos –a quienes se tenía generalmente alejados– lanzó una serie de maldiciones incoherentes, dando un puñetazo sobre la mesa. Susana lloró. Madame Levaille permaneció serenamente inmovible. Aseguró a su hija que "aquello pasaría", y recogiendo su gruesa sombrilla partió con premura en busca de una goleta que tenía que cargar granito de su cantera.

Un año más tarde, o cosa así, nació la niña. Una niña. Jean Pierre recibió la noticia mientras se hallaba en los campos, y tanto le contrarió, que dejándose caer en el muro que dividía los terrenos, permaneció allí hasta la noche, en vez de llegar a su casa, como le urgían. ¡Una niña! Se sentía casi estafado. Con todo, al llegar a casa se encontraba en parte reconciliado con su suerte. La podría casar con un buen muchacho..., no con uno que no sirviera para nada, sino con un muchacho inteligente y dueño de un buen par de brazos. Además, el próximo sería un niño, pensaba. Claro que ambos estarían perfectamente. Su recién adquirida credulidad no admitía ninguna duda. La mala suerte había cesado. Habló a su mujer alegremente. Suzanne se mostraba también muy esperanzada. A aquel bautizo asistieron tres sacerdotes, y Madame Levaille fue la madrina. La chiquilla resultó igualmente idiota.

Durante los días de mercado que siguieron se vio a Jean Pierre regatear amargamente, pendenciero y codicioso; emborracharse con taciturna persistencia y volver luego a casa, a la caída del sol, a tal velocidad que se creería iba a una boda, aunque mostraba un gesto digno, por lo sombrío, de un funeral. A veces insistía con su esposa para que lo acompañase, y juntos salían en el cochecillo, muy de

madrugada, zarandeándose uno al lado del otro en el estrecho asiento, sobre el puerco impotente que, las patas atadas, gruñía un melancólico suspiro en todos los accidentes del camino. Aquellas jornadas matinales eran silenciosas; pero al regreso por la noche Jean Pierre, ebrio, mascullaba rencoroso, regañando a la maldita de su mujer, incapaz de parir hijos como los de cualquier otro. Susana, agarrándose para no caer con las locas sacudidas del carricoche, aparentaba no oír. Cierta vez, mientras atravesaba Ploumar, algún oscuro y borracho impulso llevó a Jean Pierre a detenerse bruscamente ante la iglesia. La luna flotaba entre ligeras nubes blancas. En el cementerio de la iglesia resplandecían pálidas las lápidas bajo las sombras caladas de los árboles. Hasta los perros dormían. Sólo los ruiseñores, despiertos, alargaban la emoción de su canto sobre el silencio de las tumbas.

Jean Pierre dijo rudamente a su mujer:

—¿Qué crees que hay allí?

Con el látigo señaló a la torre —en la cual la enorme esfera del reloj surgía alta a la luz de la luna como un rostro pálido y sin ojos—, y al levantarse cuidadosamente, cayó cerca de las ruedas. Se irguió y trepó una a una las escasas gradas que conducían a la verja de hierro del cementerio. Metió el rostro entre los barrotes y gritó distintamente:

—¡Hola, amigos, salid!

—¡Jean! ¡Regresa, regresa! —le conminó en voz baja su mujer.

El no prestó atención a su llamado y pareció aguardar allí. El canto de los ruiseñores resonaba por todos lados contra los altos muros de la iglesia y hacía eco entre cruces de piedra y grises losas planas, cinceladas con palabras de dolor y esperanza.

—¡Jey! ¡Salid! —gritó Jean Pierre con tono vibrante.

Los ruiseñores cesaron de cantar.

—¿No hay nadie? —prosiguió Jean Pierre—.

No hay nadie. Es una estratagema de las "cornejas". Sí, señor, eso es lo que es. No hay nadie por aquí. Los desprecio. *Allezi!*

¡Hup!

Sacudió la verja con todas sus fuerzas, y las barras de hierro resonaron en pavoroso retintín, como una cadena arrastrada sobre unas gradas de piedra. Un perro cercano ladró locamente. Jean Pierre retrocedió vacilante y, tras varios impulsos sucesivos, logró trepar al carro. Susana permanecía inmóvil y muda. Su marido le anunció con severidad de borracho:

—¿Ves? No hay nadie. ¡Me han engañado!

¡Mal rayo los parta! Pero me las han de pagar.  
¡Al primero que vea por la casa, le doy  
de cintarazos... en la cochina espalda!... Como  
lo digo. No quiero verla allí..., no sirve  
sino para ayudar a la carroña de las cornejas  
a robar a los pobres. Soy un hombre... Veremos  
si no puedo tener hijos como los demás...  
Tú pon cuidado... No todos habrán...,  
todos no..., veremos...

Entre los dedos que ocultaban su rostro,  
Suzanne sollozó:

—¡No digas eso, Jean! ¡No digas eso, amor  
mío!

Jean Pierre le dio un golpe en la cabeza  
con el reverso de la mano y la envió al fondo  
del coche, en donde quedó encogida, sacudida  
lamentablemente por los saltos del vehículo.  
El marido guió furioso, de pie, blandiendo  
el látigo, sacudiendo las riendas sobre el tordillo,  
que galopaba pesadamente, haciendo  
saltar las recias guarniciones sobre sus amplios  
lomos. La comarca resonaba clamorosa  
en la noche con el ladrar irritado de los perros,  
que seguían por todo el camino el rechinar  
de las ruedas. Un par de tardíos  
caminantes apenas tuvo tiempo para saltar a  
una zanja. Al llegar a su puerta arrolló el poyo  
y salió del carricoche arrojado de cabeza.  
El caballo siguió su marcha lentamente, A los  
agudos gritos de Susana acudieron apresuradamente  
los peones de la granja. Susana  
le creía muerto, pero se hallaba sólo desmayado  
en el sitio donde había caído, y maldijo  
a sus hombres, que se aproximaron en su  
ayuda, por despertarlo de su sueño.  
Llegó el otoño. El cielo nuboso descendía  
sobre los negros contornos de los montes, y  
las hojas muertas danzaban en espirales bajo  
los árboles desnudos, hasta que el viento,  
suspirando profundamente, las llevaba a descansar  
al hueco de valles desolados. Y de la  
mañana a la noche eran visibles, por toda la  
tierra, negras ramas despojadas, retorcidas y  
nudosas, como contorsionadas de dolor, que  
se mecían tristemente entre el cielo húmedo  
y la tierra mojada. Los claros y suaves arroyos  
del verano se apresuraban, descoloridos  
y furiosos, contra las piedras que dificultaban  
el camino al mar, animados de la furiosa locura  
que impulsa al suicidio. De horizonte a  
horizonte, el largo camino corría entre las  
montañas, en un sordo destello de curvas  
vacías, semejante a innavegable río de lodo.  
Jean Pierre iba de campo en campo, agitándose,  
borroso y alto, en la llovizna, o surgiendo  
en la cima de las cuestas, solitario y  
grande sobre el fondo de la gris cortina de

nubes fugaces, como si se hallara paseando a lo largo del borde mismo del universo. Miraba a la tierra negra, a la tierra muda y rica de promesas, a la tierra misteriosa que realizaba su obra de vida en mortuoria inmovilidad bajo el dolor velado del cielo. Y se decía que para un hombre como él, más desgraciado que si no tuviera hijos, la fecundidad de los campos no guardaba ninguna promesa, que la tierra huía de él, lo traicionaba y le hacía muecas, como las nubes, presurosas y sombrías, sobre su cabeza. Teniendo que enfrentarse solo con sus campos, sentía la inferioridad del hombre que muere antes que la tierra, capaz de perdurar. ¿Tendría que abandonar la esperanza de ver a su lado a un hijo que habría de asomarse a los surcos con mirada de amo? ¡Un hombre que pensara como él, que sintiera como él! ¡Un hombre que fuera parte integrante de él mismo y, sin embargo, permaneciera atrás para hollar aquella tierra cuando él hubiera muerto! Pensó en algunos parientes lejanos y sintióse lo bastante salvaje para maldecirlos en voz alta. ¡Ellos! ¡Jamás! Volvió sus pasos, dirigiéndose en línea recta hacia su morada, visible entre los entrelazados esqueletos de los árboles. Al llegar el portillo, una graznante bandada de pájaros se posaba lenta sobre el campo, cayendo a su espalda, silenciosa y aleteante, como copos de hollín.

Aquel mismo día Madame Levaille se había ido, a hora temprana, a la casa que poseía cerca de Kervanion. Tenía que pagar allí a algunos de los hombres que trabajaban en sus canteras de granito, y llegaba a buena hora, porque su casa contaba con una tienda, en la cual sus obreros podrían gastar sus jornales sin verse obligados a ir a la ciudad. La cata se elevaba sola entre unas rocas. Un sendero de piedra y todo moría a la puerta. Las brisas marinas que alcanzaban las costas sobre la punta de Picapedreros, frescas del fiero tumulto de las olas, aullaban violentamente a los montones impasibles de negros guijarros que sostenían, firmemente, altas cruces de brazos breves contra la tremenda embestida de lo invisible. En la precipitación de los grandes vientos el recogido caserón se elevaba en una paz sonora e inquietante, como la calma en el centro de un huracán. En noches tempestuosas, antes de subir la marea, la bahía de Fougère, a cincuenta pies bajo la casa, semejaba un inmenso pozo negro, del que ascendían murmullos y suspiros, como si las arenas del fondo vivieran y se quejasen. Cuando la marea era alta, las

aguas en retirada asaltaban las capas de roca en breves embestidas, que concluían en reventones de lívida luz y columnas de espuma que volaban tierra adentro, mordisqueando hasta matar el césped de las pasturas. La oscuridad llegaba a los montes, volaba sobre la costa, apagaba los rojos fuegos del crepúsculo y seguía hacia el mar, persiguiendo a la marea en fuga. El viento caía con el sol, dejando atrás un mar embravecido y un cielo devastado. Sobre la casa los cielos parecían vestirse de negros harapos, que sostuvieran, aquí y allá, alfileres de fuego. Madame Levaille, convertida esa tarde en sirvienta de sus propios trabajadores, intentó convencerlos de que se fueran: "Una vieja como yo debiera estar en cama a una hora como ésta", repetía de buen humor. Los picapedreros bebían y reclamaban un trago más. Gritaban en la mesa como si hablasen en un campo. En un extremo, cuatro de ellos jugaban a las cartas, sacudiendo la mesa con sus recios puños, jurando a cada jugada. Uno permanecía con mirada perdida, canturreando una estrofa de alguna canción, que repetía interminablemente. Otros dos, en un rincón, reñían confidencial y ferozmente por alguna mujer, mirándose fijo a los ojos, como si quisieran arrancárselos, pero hablando en aojados susurros que prometían muerte y violencia, en silbido venenoso de palabras. El ambiente era tan espeso que podría haberse tajado con un cuchillo. Tres velas que ardían en la larga pieza resplandecían rojas y mustias, como chispazos que expirasen en cenizas. El ligero golpe del cerrojo sonó, a una hora tan avanzada, inesperado y sobrecogedor como un trueno. Madame Levaille puso sobre la mesa la botella con la que iba a llenar un vaso; los jugadores volvieron la cabeza; cesó la susurrante disputa; sólo el que cantaba, después de una mirada a la puerta, siguió canturreando con rostro imbécil, Suzanne apareció en el umbral, entró, y cerrando la puerta de un golpe, apoyó la espalda contra ella, exclamando, casi en voz alta: —¡Madre! Madame Levaille, levantando de nuevo la botella, dijo con calma: —¡Conque eres tú, hija! Pero, ¿en qué estado vienes! El cuello de la botella tintineó sobre el borde de los vasos, porque la anciana se había asustado, asaltándole la idea de que la granja se incendiaba. No se le ocurría ningún otro motivo que le explicase la presencia de su hija.

Suzanne, empapada y manchada de lodo, miró, a lo largo de la pieza, hacia los hombres que peleaban en el rincón. Su madre inquirió:

–¿Qué ha ocurrido? ¡Dios nos guarde de cualquier desgracia!

Suzanne agitaba los labios. No se le oía palabra alguna. Madame Levaille se aproximó a su hija, y tomándola del brazo, la miró a la cara:

–¡Por Dios! –exclamó, estremecida–, ¿qué ocurre? Estás cubierta de lodo... ¿Por qué has venido?... ¿Dónde está Jean?

Todos los hombres se levantaron y se aproximaban lentamente, mirando a ambas mujeres con tonta sorpresa. Madame Levaille sacudió a su hija, y apartándola de la puerta, la arrastró a una silla colocada cerca del muro. Luego gritó fieramente a los hombres:

–¡Basta! ¡Largo de aquí ustedes también, que voy a cerrar!

Uno de ellos, viendo a Suzanne aplastada sobre el asiento, dijo:

–Se diría que... está... medio muerta. Madame Levaille, abriendo de un portazo:

–¡Lárguense! ¡Andando! –les gritó, estremeciéndose nerviosamente.

Los obreros se internaron en la noche, riendo estúpidamente. Ya afuera, los Lotarios irrumpieron en grandes gritos. Los demás quisieron calmarlos, hablando todos al mismo tiempo. El alboroto se perdía sendero arriba, con los hombres que tropezaban juntos en apretado nudo, recriminándose tontamente los unos a los otros.

–Habla, Suzanne, ¿qué ocurre? ¡Habla! –rugió Madame Levaille, tan pronto como se cerró la puerta.

Con la mirada clavada en la mesa, Suzanne pronunció algunas palabras ininteligibles.

La anciana, dando una palmada a la altura de su cabeza, dejó caer las manos, contemplando a su hija con gesto desconsolado.

Su marido había tenido "trastornado el seso" algunos años antes de morir, y ahora le asaltaba la sospecha de que su hija se volvía loca.

Preguntó apremiante:

–¿Sabe Jean dónde te encuentras? ¿Dónde está él?

–Sólo él lo sabe... Ha muerto –respondió Suzanne con dificultad.

–¿Qué? –gritó la anciana.

Aproximóse, y escudriñando a su hija, repitió:

–¿Qué dices? ¿Qué dices? ¿Qué dices?

Con los ojos secos, Suzanne permanecía inmóvil ante Madame Levaille, que la contemplaba, sintiendo arrastrarse, en el silencio

de la morada, una inexplicable sensación de horror. No comprendió aquella nueva sino para darse cuenta, en un brevísimo instante, de que tenía que hacer frente a un hecho inesperado y definitivo. Ni siquiera intentó pedir una explicación. Pensaba en un accidente, un terrible accidente..., la sangre le subió a la cabeza..., había rodado al sótano por algún escotillón... Permanecía allí, distraída y muda, con sus viejos ojos parpadeantes. Repentinamente Suzanne dijo:

–Lo he matado.

Por un instante la madre permaneció inmóvil, casi sin respirar, pero con aire reposarlo... Un segundo después...

Repentinamente Suzanne dijo:

–¡Loca miserable!... Van a cortarte el pescuezo...

Imaginaba a los guardias penetrando en la casa y diciéndole: "Venimos en busca de su hija, entréguenosla", los guardias, con el rostro duro y severo, de hombres que cumplen con su deber. Recordaba al brigadier –un antiguo amigo, familiar y respetuoso– exclamando con fogosidad: "¡A su salud, Madame!", antes de llevar a los labios la copita de coñac: del coñac especial que ella reservaba a los amigos... ¡Y ahora!... Se le iba la cabeza. Iba de acá para allá, como buscando algo que necesitase con urgencia; interrumpió su paseo, e inmovilizándose, incommovible, en el centro de la habitación gritó a su hija:

–¿Por qué? ¡Habla! ¡Dí! ¿Por qué?

La otra pareció surgir, en un salto, de su extraña apatía.

–¿Crees que soy de piedra? –replicó en un grito, adelantándose a zancadas hacia su madre.

–¡No! Es imposible... –decidió Madame Levalle en tono convencido.

–Ve a verlo, madre –le respondió Suzanne, mirándola con ojos ardientes–. No hay piedad en el cielo... ni justicia. ¡No!... Lo ignoraba... ¿Crees que no tengo corazón? ¿Crees rúa no he oído nunca a las gentes burlarse de mí, compadeciéndome, extrañándose? ¿Sabes cómo me llaman algunas? "Madre de idiotas", ¡Ese era mi apodo! Y mis hijos no me reconocían, no me hablaban nunca... No sabían ellos; ni los hombres... ni Dios. ¡Lo que he rezado! Pero la misma Madre de Dios no quiso escucharme. ¡Una madre!... ¿Quién es el maldito? ¿Yo, o el muerto? ¿En? ¡Contéstame! Por mi parte, yo me cuidaba. ¿Supones que soy capaz de desafiar la ira del Señor y ver mi casa llena de esas cosas... que resultan peor que animales, que por lo menos reconocen la mano que los aumenta? ¿Quién



blasfemó en la noche, a las puertas mismas de la iglesia? ¿Fui yo?... Yo no hice sino sufrir y rezar, pidiendo misericordia... ya toda hora del día la maldición pesa sobre mí..., el *tita* entero la veo a mi alrededor... Y he de mantenerlos vivos... de cuidar de mi infortunio y mi vergüenza. Luego llegaba él. Y a él y al cielo mendigaba piedad... ¡No!... Veremos, pues... Esta noche vino Jean. Me dijo: "¡Oh! ¡Otra vez!"... Tenía en las manos mis largas tijeras. Lo oí gritar... Lo vi muy próximo... ¿Que tengo que...? ¿Que tengo, eh?... ¡Toma, pues!... Y le partí el cuello, arriba del esternón... Ni siquiera le oí suspirar... Lo dejé de pie... No hace un minuto que ocurrió. ¿Cómo es que estoy aquí?

Madame Levaillé se estremeció. Una ola de frío corrió por su espalda y a lo largo de sus gruesos brazos, bajo las mangas estrechas, haciéndola estremecer blandamente sobre el suelo que pisaba. Corrían temblores por sus anchas mejillas, sobre los labios finos, entre las arrugas que se le hacían en las comisuras de sus firmes ojos ancianos. Balbuceó:  
—¡Mala mujer!... Vas a deshonorarme. ¡No es raro! Te pareciste siempre a tu padre.  
¿Qué crees que será de ti... en el otro mundo? Porque en éste... ¡Qué miseria!

Ardía ahora. Sentía que le quemaban las entrañas. Se retorció las manos sudorosas... y, de pronto, febrilmente, comenzó a buscar su enorme chal y su sombrilla, febrilmente, sin mirar una vez siquiera a su hija, que permanecía en medio de la pieza siguiendo sus movimientos con una expresión ausente y fría.

—Nada peor de lo que me ocurre en éste — contestó Suzanne.

Su madre, con la sombrilla en la mano y buscando el chal por el suelo, gruñó profundamente:

—Tengo que ir a ver al padre—. Y luego estalló apasionadamente—. ¡No sé si me dirás siquiera la verdad! ¡Eres una pérdida! A cualquier lado que vayas, allí te encontrarán.

Puedes quedarte o irte. En este mundo no hay sitio para ti.

Lista ya para salir, vagó aún sin objeto por la pieza, colocando las botellas en el anaquel, procurando arreglar, con temblorosas manos, las cubiertas de las cajas. Cuando en la bruma de sus ideas surgía, por un instante, el verdadero sentido de lo que acababa de oír, imaginaba que algo estallaría en su cerebro, sin hacerle pedazos la cabeza, desgraciadamente, pues hubiera sido un consuelo. Una por una fue apagando las velas a soplos, sin darse cuenta de ello, y al terminar se sintió

terriblemente asustada por la oscuridad. Se dejó caer sobre un banco y principió a gemir. Pasado un rato cesó en sus quejad escuchando respirar a su hija, a quien apenas podía ver, y que, rígida e inmóvil, no daba ninguna otra señal, de vida. Durante aquellos minutos envejecía, al fin, rápidamente. Habló luego en un tono vacilante, interrumpido por el castañeteo de sus dientes, como atacada de mortal y helado acceso de fiebre.

–Quisiera que hubieras muerto de chica.

No me atreveré más a sacar al sol mi vieja cara. Hay desgracias peores que la de tener hijos idiotas. Ojalá hubieras nacido tan imbécil como tus propios...

Distinguió la figura de su hija que atravesaba la débil y lívida claridad de una ventana.

Surgió luego en el umbral, por un segundo, y la puerta se cerró con un golpe vibrante. Madame Leveille, como despertando de una interminable pesadilla ante aquel ruido, se precipitó afuera.

–¡Suzanne! –gritó desde el umbral.

Oyó rodar una piedra, durante largo rato, por el declive de la rocallosa playa, arriba de las arenas. Avanzó cautelosamente, con una mano sobre el muro de la casa, y escudriñó hacia abajo en la mansa oscuridad de la hueca bahía. Una vez más clamó:

–¡Suzanne! ¡Vas a matarte!

La piedra había dado en la oscuridad su último salto, y Madame Leveille no oía nada ya.

Una idea repentina pareció estrangularla, y no quiso llamar más. Volvió la espalda al negro silencio del pozo y subió por el camino que llevaba a Ploumar, tropezando en su marcha, animada de sombría determinación, como si hubiera emprendido una peregrinación desesperada que habría de durar hasta el fin de sus días. Un hosco y repetido clamor de olas rodando sobre los arrecifes la siguió tierra adentro, entre las altas zarzas que cubrían la melancólica soledad de los campos.

Suzanne, al salir corriendo, torció a la izquierda de la puerta, y a la orilla del barranco se dejó caer tras de una peña. Una piedra suelta fue al fondo, resonando al saltar, Cuando Madame Lavaille gritó llamándola, Suzanne habría podido tocarla sólo con estirar la mano, si no le hubiese faltado valor para hacer siquiera un movimiento. Distinguió a la anciana que se alejaba y permaneció inmóvil, cerrando los ojos y estrechándose contra la nudosa superficie de la roca. A poco, un rostro familiar, de ojos fijos y boca abierta, se hizo visible en la intensa oscuridad que reinaba entre las peñas. Lanzando un

grito, Susana se levantó. Desvaneci6se el rostro, dej6ndola sola, estremecida y temblorosa, en el p6ramo de piedras. Pero tan pronto como se dej6 caer nuevamente a descansar, apoyando la cabeza en la roca, el rostro regres6, se aproxim6, al parecer ansioso de concluir las palabras que, apenas hac6a un momento, hab6a interrumpido la muerte. Suzanne se irgui6 prontamente y exclam6:

–¡Vete, o te matar6 otra vez!

El ser aqu6l se columpi6, meci6ndose a la derecha, a la izquierda. Susana iba de un lado a otro, retroced6a, gritaba, sinti6ndose abrumada por la inmutable quietud de la noche.

Tambale6se sobre el borde, y sintiendo bajo sus pies el pronunciado declive, se precipit6 hacia abajo, ciegamente, para librarse de una ca6da.– El abismo pareci6 despertar; los gujarros corr6an ante ella, la persegu6an desde arriba, bajaban precipitadamente, de todos lados, rodando a su paso en creciente repiqueteo. En la paz de la noche se acrecent6 el rumor, continuo y violento, como si todo el semic6rculo de la playa pedregosa se precipitara a la bah6a. Los pies de Suzanne apenas si tocaban la cuesta, que parec6a correr con ella. En el fondo tropez6, vacil6 hacia adelante, extendiendo los brazos, y cay6 pesadamente.

Se levant6 en seguida de un salto y se volvi6, ligera, para mirar atr6s, llenas las manos apretadas de la arena que oprimiera al caer. El rostro estaba all6, conservando su distancia, perceptible en su propio resplandor, que pon6a una mancha p6lida en la noche. La mujer grit6: "¡Vete!..." aull6, dolorida, temerosa, con todo el furor de aquella in6til pu6alada, incapaz de mantenerlo lejos de su vista. ¿Qu6 buscaba ahora? Chill6 ante el rostro, agitando las manos extendidas. Le pareci6 sentir el aliento de unos labios entreabiertos y, con un enorme grito de terror, huy6 por el fondo de la bah6a.

Corr6a ligeramente sin hacer ning6n esfuerzo. Altas rocas afiladas, que cuando est6 inundada la bah6a asoman sobre la resplandeciente planicie de agua azul, como puntiagudas torres de iglesias sumergidas, brillaban a su paso mientras hu6a sin poderse dominar.

A su izquierda, distingui6 algo brillante: un ancho disco de luz en el cual delgadas sombras giraban como los rayos de una rueda. Oy6 una voz que llamaba: "¡Jey! ¡Mujer!", y replic6 con un loco chillido. ¡A6n pod6a llamarla! La conminaba a detenerse. ¡Jam6s!...

Corri6 en medio de la noche y atraves6 un grupo de recolectores que rodeaban su linterna y se quedaron paralizados de miedo ante

este chillido de otro mundo que surgía de aquella sombra en fuga. Los hombres se apoyaron sobre sus horquillas con una mirada de terror. Una mujer cayó de rodillas y, persignándose, comenzó a rezar en alta voz. Una chiquilla, con la harapienta falda llena de algas viscosas, rompió a llorar desesperadamente, arrastrando su empapada carga hasta el hombre que llevaba la luz. Alguien comentó: "La cosa ésa desapareció hacia el mar". Otro exclamó: "¡Y el mar retrocede! Ved cómo se multiplican las charcas. ¡Eh, mujer!... ¿No oye? ¡Levántese!". Varias voces clamaron a un tiempo: "¡Sí, vamos! ¡Dejad que el maldito fantasma se pierda en el mar!" Se agitaron, estrechándose alrededor de la luz. De pronto, un hombre juró a gritos. Debía irse a ver qué ocurría. La voz habla sido de mujer. El iría. Las mujeres protestaron con sus voces agudas, pero la alta silueta del hombre se separó del grupo y se alejó corriendo. Lo siguió un llamado unánime y asustado. Les replicó una palabra, insultante y burlona, que les arrojaron desde la oscuridad. Gimió una mujer. Un viejo murmuró gravemente: "A esas cosas hay que dejarlas en paz". Continuaron su marcha con más lentitud, arrastrando los pies en la arena floja y susurrándose unos a otros que Millot no temía nada, pues no profesaba ninguna religión, pero que habría de terminar mal un día u otro.

Suzanne tropezó con la alta marea al llegar al islote del Cuervo, y se detuvo jadeante, los pies en el agua. Percibió el rumor y sintió la helada caricia del mar, y, más calmada ya, podía distinguir, de un lado, la masa sombría y confusa del Cuervo y del otro la larga cinta blanca de las arenas de Moléne, que toda marea deja arriba del fondo seco de la bahía de Fougère. Se volvió y reconoció a lo lejos, a lo largo del fondo estrellado del cielo, la andrajosa silueta de la costa. Sobre ésta, casi ante ella, surgía la torre de la iglesia de Ploumar: una frágil y alta pirámide, proyectándose hacia lo alto, oscura y puntiaguda dentro del apiñado resplandor de las estrellas. Sintióse extrañamente tranquila. Sabía dónde se hallaba y principió a recordar cómo había llegado hasta allí... y por qué. Escudriñó en la blanda oscuridad que la rodeaba. Estaba sola. No había nada allí, nada cerca de ella, ni vivo ni muerto. La marea subía mansamente, alargando enormes brazos de extraños arroyuelos *que* corrían hacia la tierra entre lomas de arena. Bajo la noche, los charcos crecían con misteriosa

rapidez, mientras el vasto mar, aún lejano. atronaba, con ritmo regular, a lo largo de la línea indistinta del horizonte. Suzanne retrocedió, chapoteando, varios metros sin poder librarse del agua que murmuraba tiernamente por todas partes y que, de pronto, con despechado gorgoteo, casi la arrojó al suelo. Su corazón se estremeció de miedo. Aquel sitio era demasiado grande, demasiado vacío, para morir en él. Que mañana hicieran de ella lo que quisieran. Pero antes de morir había de decirles... de decir a los señores de negras vestiduras que hay cosas que no puede sufrir una mujer. Tenía que explicar cómo ocurrió la cosa... Chapoteó en un charco» mojándose hasta el pecho, demasiado preocupada para parar mientes en eso... Tenía que explicarlo: –Entró como siempre lo hacía y dijo así, precisamente: "¿Te crees que voy a dejar mis tierras a los de Morbihán, a quienes no conozco? ¿Eh? ¡Pues lo veremos! ¡Ven conmigo, mujer infernal!". Y extendió el brazo. Entonces, *Messieurs*, repliqué: "¡Como hay Dios, no!" El prosiguió, abofeteándome con las manos abiertas: "¡No hay Dios que me lo impida! ¿Entiendes, puerca inútil? ¡Haré lo que me dé la gana!", y me cogió por los hombros. Entonces, *Messieurs*, pedí a Dios socorro, y mientras él me sacudía, sentí en mis manos las tijeras. Llevaba desabrochada la camisa y, a la luz de la vela, distinguí el huequecillo de su garganta. Grité: "¡Suéltame!", pero él continuaba apretándome los hombros. ¡Era fuerte mi hombre, vaya si lo era! Pensé: "¡No! ¿Que tengo que...? ¡Pues toma!"... y descargué el golpe en aquel huequecito. No lo vi caer. ¡Jamás! ¡Jamás!... Jamás lo vi caer... Su viejo padre ni siquiera volvió la cabeza. Es sordo y tonto, señores... Nadie, pues, lo vio caer. Yo huí... Nadie le...

Se había deslizado, gateando, entre los peñascos del islote del Cuervo y se encontraba ahora toda sofocada, de pie entre las sombras espesas del rocalloso islote. El Cuervo se halla unido a tierra firme por un muelle natural de inmensas piedras resbaladizas. Por aquel camino quiso Suzanne regresar a casa. ¿Estaría él allí aún? En casa... ¡Su casa! Cuatro idiotas y un cadáver. Era necesario volver allá y explicarlo todo. Cualquiera comprendería... Le parecía que la noche, o el mar, murmuraba claramente a sus pies:

–¡Aja! ¡Al fin te encuentro!  
Saltó, resbaló, cayó, y sin intentar levantarse, aguzando el oído, aterrorizada oyó una respiración profunda y el golpear de unos

zuecos; luego el silencio.

–¿Por dónde diablos has pasado? –dijo la voz de un hombre invisible roncamente. Suzanne contuvo el aliento... Reconoció enseguida aquella voz. No había visto caer a Jean. ¿La perseguía, acaso, muerto, o quizá... vivo?

Perdió la cabeza. Desde el hueco en que se escondía, encogida, gritó:

–¡Jamás, jamás!

–¡Oh! ¡Todavía estás allí! ¡Vaya, que me has hecho bailar! ¡Espera, preciosa, que después de todo esto quiero ver qué cara tienes!

Aguarda allí...

Millot tropezaba, riendo, jurando sin ilación, satisfecho y encantado de sí mismo por haber vencido a aquel fantasma.

–¡Como si hubiera cosas de ésas! ¡Fantasmas!

¡Bah! Tocaba a un viejo soldado darles una lección a esos patanes... Pero era curioso. ¿Quién diablos sería?

Suzanne escuchó, encogiéndose. Venía por ella aquel cadáver. No había modo de escapar.

¡Y qué ruido hacía entre las piedras!...

Vio cómo aparecía su cabeza, luego los hombros.

¡Qué alto era su hombre! Sus largos brazos se agitaban y era su misma voz la que llamaba, aunque se oyera un tanto rara...

quizá por el golpe de las tijeras. Suzanne, saltando rápidamente, se precipitó al filo del terraplén, volviéndose después. El hombre, al erguirse inmóvil sobre una enorme roca, se destacaba en un negro mortuorio sobre el resplandor del cielo.

–¿Adonde vas? –le gritó rudamente.

Suzanne replicó: "¡A casa!", observándole intensamente. El otro dio un largo y torpe salto a una peña próxima y, equilibrándose, dijo:

–¡Ja, ja! Entonces, te acompaño. Es lo menos que puedo hacer. ¡Ja, ja, ja!

La mujer lo miró con fijeza hasta que sus ojos parecieron convertirse en brasas ardientes que le quemaban el cerebro, y sentía aún el miedo mortal de precisar en aquéllas las bien conocidas facciones. A sus pies el mar lamía suavemente la roca con un chapoteo continuo y manso.

El hombre, avanzando un paso más le insinuaba:

–Voy por ti. ¿Qué dices?

Suzanne se estremeció. ¡Venía por ella! No había escapatoria posible, ni paz, ni esperanza.

Miró desesperada a su alrededor. Repentinamente todo, la costa sombría, los vagos islotes, el cielo mismo giró de un lado a otro por dos veces y luego se detuvo. Cerró los ojos, gritando:

–¿No puedes aguardar a que me muera?  
Se sintió estremecida de un odio furioso  
contra aquella sombra que venía a perseguirla  
en este mundo, a la cual la muerte misma  
no era capaz de aplacar en su anhelo de poseer  
un heredero que fuera como los hijos de  
los otros.

–¿Eh? ¿Qué? –exclamó Millot, conservando  
prudentemente su distancia. Pensaba: "¡Cuidado!  
Es alguna loca, y un accidente pasa en  
menos de lo que se piensa".

Suzanne continuó, alocada:

–Quiero vivir. Quiero vivir sola... una semana...,  
un día. Tengo que explicarles... Te  
haría pedazos, te mataría otras mil veces,  
antes de dejarte que me toques viva. ¿Cuántas  
veces he de matarte? ¡Blasfemo! Es Satanás  
quien te envía. ¡Yo también estoy maldita!

–¡Ven! –aconsejó Millot, alarmado y conciliador–.  
¡Si estoy vivo!... ¡Dios mío!

Suzanne lanzó un grito: "¡Vivo!", y en seguida  
se desvaneció ante sus ojos, como si el  
islote mismo se hubiera hundido bajo sus  
pies. Millot se precipitó y dio con las narices  
sobre el filo de los arrecifes. Allá abajo distinguía  
blanquear el agua a los esfuerzos de  
Suzanne y oyó un agudo grito de socorro que  
subió como un dardo a lo largo de la superficie  
perpendicular de la roca, y pasó rugiendo  
a perderse en el alto cielo impasible.

Madame Levaille, con los ojos secos, estaba  
sentada en el breve césped de la falda de  
la colina, las gruesas piernas extendidas y los  
pies vueltos hacia arriba en sus alpargatas  
negras. Cerca de ella se veían sus zuecos, y  
más allá, sobre la hierba mustia, la sombrilla,  
como un arma abandonada por un guerrero  
vencido. El marqués de Chavanes, a caballo,  
una mano enguantada sobre el muslo, bajó la  
vista hacia ella cuando se levantó laboriosamente  
y con gruñidos. Por el estrecho surco  
de las carretas de algas, cuatro hombres conducían,  
tierra adentro, el cuerpo de Susana  
sobre una parihuela, mientras otros pasaban  
indiferentes a su espalda. Madame Levaille  
siguió con la vista la procesión.

–Sí, señor marqués –comentó friamente,  
con su acostumbrado tono de calma de anciana  
razonable–. Hay gentes desgraciadas  
en este mundo. Tuve sólo una hija. ¡Una sola!  
¡Y no van a enterrarla en tierra bendita!  
Sus ojos se humedecieron repentinamente,  
y una breve lluvia de lágrimas rodó por  
sus anchas mejillas, mientras se arrebujaba  
en el chal. El marqués se inclinó ligeramente  
sobre la silla y dijo:

–Muy triste es eso. La acompaño en su dolor.

Le hablaré al cura sobre esto. Su hija estaba perfectamente loca, y la caída fue accidental. Así lo afirma Millot sin dejar lugar a duda. Buenos días, Madame. Y se alejó al trote, pensando: "Voy a hacer que nombren a la vieja tutora de los idiotas y administradora de la granja. Sería mucho mejor que ver por aquí a cualquiera de esos otros Bacadou, probablemente furiosos republicanos, corrompiendo mi distrito".

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

